

Jóvenes, juvenil, juventudes

Hacia la búsqueda de nuevos debates

CONVERSACIONES

16 de agosto de 2016

PARTICIPANTES:

Nicolás Damin: Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Profesor Asociado Regular. Universidad Nacional de Lanús. Becario Post doctoral de CONICET, trabaja temas de sociología política e histórica ligados al sindicalismo, y sus vínculos políticos, religiosos e internacionales. Publicó el libro “Plan CONINTES y Resistencia Peronista” y, junto a Joaquín Aldao, la compilación “Sociología, historia y memoria de los pueblos ferroviarios”. Fue profesor invitado Universidad Paris 10 y es investigador invitado Universidad de Shanghai.

Pablo Di Leo: Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires; Magíster en Políticas Sociales (UBA); Profesor y Licenciado en Sociología (UBA); Posdoctorado del Instituto de Medicina Social (IMS), Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Investigador Adjunto del CONICET; Profesor Regular en la Carrera de Sociología, UBA. Actualmente dirige con Ana Arias el Proyecto UBACyT "Instituciones, derechos e individuación: un análisis de sus vinculaciones en las experiencias sociales de jóvenes en barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires". Recientemente coeditó con Ana Clara Camarotti los libros "Quiero escribir mi historia. Vidas de jóvenes en barrios populares" (Biblos, 2013) e "Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la sociedad actual" (Teseo, 2015).

Sebastián Fuentes: Doctor en Antropología Social. Magister en Ciencias Sociales con mención en Educación. Profesor y Licenciado en Filosofía. Se especializa en temas de desigualdad socioeducativa, antropología y educación, jóvenes, cuerpo y sociabilidades.

Integra el Proyecto GlobalSports, radicado en la Universidad de Amsterdam (global-sport.eu). Es investigador del Programa Educación, Conocimiento y Sociedad de FLACSO Argentina. Docente/investigador UNTREF. Junto a Mariana Chaves y Luisa Vecino publicó recientemente “Experiencias Juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios altos y altos” (GEU, 2016)

Melina Vázquez: Posdoctora en Investigación en Ciencias Sociales, niñez y juventud (CLACSO, PUC-SP, COLEF, U. Manizales), Doctora en Ciencias Sociales por la UBA, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología. Se especializa en temas de activismo y militancia política, políticas públicas y juventudes en Argentina. Ha participado –como integrante y directora– de proyectos de investigación nacionales e internacionales. Actualmente dirige el proyecto UBACyT “Jóvenes militantes y espacios juveniles en agrupaciones político partidarias: una aproximación a las formas de compromiso juvenil luego de la crisis de 2001”. Es co-cordinadora del Grupo de Trabajo “Juventudes, Infancias: Juventudes e infancias: prácticas políticas y culturales, memorias y desigualdades en el escenario contemporáneo” (2016-2019) de CLACSO y del Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (IIGG-UBA). Es Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y Profesora de la carrera de sociología de la UBA.

COORDINADORES:

Rafael Blanco: Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigador Asistente del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Dirige e integra proyectos de investigación sobre experiencia estudiantil, juventudes, géneros y sexualidades. Se especializó en el estudio de la experiencia estudiantil universitaria contemporánea. Actualmente es Docente Regular de las materias Comunicación y Educación, y Taller Anual de la Orientación en Comunicación y Procesos Educativos de la Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. En el IIGG integra el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu), el Programa de Estudios sobre la Universidad Pública (PESUP) y el Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES). Es miembro de la Red Nacional de Investigadores/as en Juventudes de Argentina. Es autor de

los libros *Universidad íntima y sexualidades públicas. La gestión de la identidad en la experiencia estudiantil* (Miño y Dávila, 2014) y *Escenas militantes. Lenguajes, identidades políticas y nuevas agendas del activismo estudiantil universitario* (GEU, 2016).

Ana Natalucci: Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adjunta del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Directora del Grupo de Estudios sobre Participación y Movilización Política. Docente de grado en la Carrera de Ciencia Política de la UBA y de posgrado en FLACSO, UNLP y UBA. Actualmente es la coordinadora en Argentina del proyecto *The end of the left turn in Latin America? New actors and discourses shaping the political arena of the post-transition*, subsidiado por la Universidad de Bath, UK.

Rafael Blanco- En primer lugar, gracias por aceptar la invitación a este intercambio. Para iniciar la conversación vamos a hacer una primera ronda para que cada uno haga una pequeña presentación en función de pensar o empezar a debatir su perspectiva sobre los estudios sobre juventudes. La primera pregunta que pensamos como disparador es si los estudios sobre juventudes están, dicho de un modo rápido, agotados: si hay zonas que ya están saturadas en cuanto a la producción de conocimiento. Y en segundo lugar, cuáles serían las posibilidades de renovación temática, metodológica, los enfoques que podrían recrear esta área de estudios, los temas y agendas que permitirían revitalizarla, teniendo en cuenta su desarrollo local desde la recuperación democrática hasta el presente. Hoy ya hay –y esta mesa es una expresión de esto- segundas o terceras generaciones de investigadores e investigadoras que trabajan en equipos que consolidaron esta área multidisciplinar. Los invitamos a hacer un pequeño balance sobre esto teniendo en cuenta sus temas de investigación y su experiencia, y a señalar las zonas más exploradas, las líneas y temas de renovación u otras perspectivas que podrían indicar una revitalización de este campo. Entonces tomamos como primer interrogante si consideran que el estudio sobre juventudes ha llegado a un punto de “amesetamiento”, saturación o agotamiento.

Sebastián Fuentes- En sintonía con lo que ustedes han planteado en el texto disparador de la convocatoria a esta mesa, hay áreas temáticas que tienen mayor acumulación, para decirlo de alguna manera. No sé si eso es signo de agotamiento. Creo que una de esas áreas es la que se refiere a consumos culturales, identidades, etcétera. Otra es la relacionada con movilización política, participación política, participación. Y otra, que está muy en diálogo con otras áreas de estudio, como la sociología del trabajo, y la sociología y antropología y educación, que son las áreas de jóvenes, educación y trabajo. Esta es un área también con mucha acumulación y discusión. En las Reuniones Nacionales de Investigadores en Juventudes esa mesa, la de educación específicamente, es una de las que recibe más trabajos. No estoy siendo exhaustivo pero me parece que hay tres o cuatro áreas que tienen mucha discusión y acumulación. Una de las áreas menos o poco exploradas es la sociabilidad juvenil pensada más allá de los espacios de participación o movilización política. Algunos organismos internacionales han realizado estudios cuantitativos sobre los espacios en los que participan los jóvenes. En Argentina son cientos de miles los jóvenes que participan por ejemplo en clubes de barrio, en asociaciones civiles, en iglesias, en el movimiento scout, entre otros. Y esas prácticas juveniles no están siendo abordadas sistemáticamente. Tendemos a abocarnos más a estas otras áreas que mencionaba anteriormente y esas están siendo poco exploradas. Existen ya investigaciones sobre juventudes y religiones, hay investigaciones sobre participación o involucramiento político, social, de jóvenes en asociaciones civiles que no necesariamente se identifican en términos de política partidaria. Es un campo importante por su densidad, por su dimensión, y no está tan explorado.

Una virtud que ha tenido este campo de estudios que se ha ido consolidando desde fines de los ochenta es la de mostrar la diversidad y la diferencia en torno a la construcción de las juventudes, de lo juvenil, de la experiencia de ser joven. Pienso que eso nunca se termina de agotar, porque los estereotipos y las estigmatizaciones están siempre presentes, y me parece que tenemos una dificultad en torno a cómo interpelar esos discursos instalados que todo el tiempo vuelven a plantear imágenes de jóvenes según esquemas dominantes, hegemónicos, que responden a estereotipos e intereses de clase, de género, etcétera.

Pienso también otras dos cuestiones a destacar. La primera, en las ponencias, artículos y presentaciones de estudios sobre juventudes en congresos y en revistas, siempre parece –no sé si con esta categoría siempre pero está más o menos presente– la cuestión de, “bueno, hay

reproducción social, hay reproducción cultural, pero los jóvenes se agencian de esta manera”, ¿no? Y eso me parece que es otra virtud que también tiene el campo de estudios en juventudes. Hay una operación cognitiva que solemos hacer los investigadores de este campo, que es buscar eso, los jóvenes no solamente están ahí reproduciendo, sino que se están agenciando en esos procesos de reproducción más allá de su situación de subordinación etaria atravesada por otras dimensiones. Y al mismo tiempo que digo esto señalo que suele haber también una tendencia a que los estudios sobre juventudes, o los que investigamos juventudes, tendamos a buscar en los jóvenes el referente empírico del cambio social. Sobre todo al inicio de los procesos de investigación; por ahí los resultados por suerte siempre son distintos, pero decimos “bueno, vamos a ver cómo cambia la sociedad viendo a los jóvenes, que son los protagonistas del cambio”. Y eso es un presupuesto nuestro. Yo ahí digo que no todos los jóvenes están interesados por cambiar la sociedad, ni piensan el cambio como lo solemos pensar nosotros, con nuestro ethos universitario, científico, “progresista”, etcétera. Esta mirada requiere un proceso de reflexividad de nuestra parte, no ir a buscar ese referente empírico del cambio social, más allá de que en términos de procesos sociales –como han señalado grandes sociólogos, o el centro de estudios de Birmingham en su momento– sí podemos pensar a la juventud y a los procesos que se dan en torno a la edad como metáforas del cambio social. No necesariamente con la idea que “bueno, sí, estos jóvenes son los que van a cambiar la sociedad”, creo que esas son creencias que no necesariamente se dan empíricamente. Y una cuestión que me parece interesante para desnaturalizar a la juventud como algo dado, es instalar el análisis de la edad. Nosotros solemos hacer estudios sobre juventudes y, por lo general, nuestros estudios sobre juventudes en la dimensión etaria y las relaciones etarias versan sobre cómo los jóvenes se diferencian de los adultos. Lo estoy diciendo de forma muy esquemática, pero por lo general se dan esos procesos. Y en realidad... la manera en que nosotros concebimos en nuestra sociedad el ciclo de edad, la producción social de las edades nos lleva a dejar otros procesos y otras etapas etarias. Me refiero a la infancia, la vejez, y las relaciones etarias pensadas más allá del tironeo o la tensión o el conflicto entre adultos y jóvenes. Nosotros asociamos todos los estudios sobre envejecimiento, por ejemplo, a la etapa de la vejez, pero no los estamos asociando a la juventud. Pero ¿por qué? Porque pensamos que la juventud es crecimiento, y el envejecimiento es un decrecimiento, tenemos esa mirada evolutiva sobre la edad, y eso

también de alguna manera secciona el campo, yo estudio jóvenes, otro estudiará vejez. Se podría enriquecer nuestra perspectiva analítica si incorporáramos la mirada sobre la construcción social de la edad en términos más amplios del referente empírico con el cual trabajamos en nuestras investigaciones. Eso nos daría una mirada un poco más amplia, y podría generar un diálogo entre estudios que a veces van en paralelo. Es una tradición en la sociología del trabajo y también en educación, estudios sobre trayectorias. En esta mesa hay referentes de ese campo que saben mucho más que yo, pero pensamos los estudios sobre trayectorias solamente en términos de qué recorrieron hasta ahora los jóvenes, pero no necesariamente en torno a las apuestas a futuro, cuáles son las representaciones culturales sobre la vejez que tienen esos jóvenes, cuáles son las relaciones que establecen con otros actores en otras posiciones etarias. Esta mirada podría dinamizar un poquito más para no quedarnos solamente en este campo disciplinar de estudios sobre jóvenes, y plantear algo diferente a “yo estudio jóvenes y son jóvenes de esta edad a esta edad”, esos problemas metodológicos o teóricos que a veces tenemos cuando vamos a investigar juventudes. Llego hasta aquí por ahora.

Melina Vázquez- Repensar el campo de juventudes tiene que ver con el crecimiento vertiginoso de los estudios sobre juventudes, por lo menos en la última década, y cómo se fueron desarrollando no solamente muchas investigaciones sino abriendo nuevos campos tal vez impensados en los orígenes. Esto permitió reproblematicar la forma de pensar las juventudes al mismo tiempo que mostrar la heterogeneidad de los enfoques sobre estos estudios, la manera en que se producen las juventudes en distintos contextos sociales, políticos y económicos. Suscribo, en este sentido, a la idea que sostiene Mariana Chávez y su equipo de investigación (Chaves et. al., 2013) respecto de la influencia que tuvo el propio desarrollo del campo académico: si uno mira las convocatorias a becas de hace quince años a esta parte ve que se incorporaron las juventudes como tema de la agenda de la investigación. Y se destinaron un conjunto de recursos para que esas investigaciones tuvieran desarrollo y lugar. En otros términos, el tema se convirtió en objeto de interés no de modo espontáneo, por decirlo de algún modo, sino en relación con un conjunto de dispositivos estatales vinculados con organismos de ciencia y tecnología que favorecieron que se consolidara como un tema de

investigación. Creo que, por otro lado, también tiene que ver con una agenda que propuso el kirchnerismo en relación con las juventudes, aunque en otros sentidos.

A partir de la valiosa revisión que hacía Sebastián, a la que suscribo casi en todo, pensaba el desafío que significa esta proliferación de estudios y su dispersión. En ese sentido, me parece que el desafío es, más allá de investigaciones específicas, impulsar trabajos que permitan comparar. Pienso en la comparación por lo menos en dos sentidos. En primer lugar, existe una vacancia en los estudios de juventud en el desarrollo de miradas socio-históricas. Ha habido una tendencia a estudiar las juventudes en contextos contemporáneos a las propias investigaciones. Hay análisis sobre las juventudes desde, por lo menos, mediados de la década del ochenta hasta la actualidad en los cuales se analiza el presente. Me parece que el problema que puede tener esta mirada es asociar la juventud con aquello que los propios investigadores e investigadoras somos capaces de ver en un momento dado del tiempo. Más allá de asumir una definición teórica respecto de la juventud como un sujeto producto de la transformación social, muchas veces nuestras propias investigaciones no pueden dar cuenta de eso más que como un a priori. Es decir, como algo de lo que partimos pero que no siempre somos capaces de mostrar. Y, en este sentido, me parece que habría una agenda en relación con el estudio en una clave sociohistórica y comparativa, que dé cuenta efectivamente y empíricamente de esa variabilidad.

En segundo lugar, es interesante poder ser consecuentes con esta idea de mostrar el carácter producido, construido social, histórica y políticamente de las juventudes. Si bien generalmente quienes investigamos juventudes asumimos que la juventud es una producción social, no siempre nos interesamos por mostrar cómo la juventud se conforma como una categoría social. En ocasiones sostenemos que la juventud no es una categoría de edad, pero no siempre somos consecuentes mostrando –por ejemplo– cómo y cuándo el Estado empieza a construir clasificaciones sobre la población que hacen que existan grupos que pasen a ser considerados “jóvenes”, o “jóvenes” y “adolescentes”, o “infantes”, “niños”, “niñas”. O también, sucede que mostramos la producción socioestatal de estas categorías, incluso las discutimos, pero a la hora de, por ejemplo, aplicar o tomar datos de una encuesta, pareciera no haber otra opción más que retomarlas y, así, reproducirlas. Creo en la importancia de pensar también un abordaje socio-histórico que nos permita entender cómo y cuándo el Estado empieza a producir estas categorías y cómo va cambiando, siguiendo una perspectiva bourdiana, el

ejercicio de nominación y de construcción de estas categorías, así como también cuáles son los efectos que esto tiene. Si uno estudia políticas públicas observa la importancia que posee la definición de una franja etaria (de los “destinatarios”). Ahora bien, esto también es central para entender cómo esa política pública produce grupos sociales particulares, en términos de edad así como de un conjunto de atributos que una política pública es capaz o no de definir y objetivar. Creo que sería interesante reponer este carácter constructivo del Estado evidenciando que es un productor de una categoría. No sólo que produce sino que detenta el monopolio, diría Bourdieu, de la nominación. Es decir, que esas clasificaciones poseen una eficacia y una circulación que hasta nosotros mismos a veces nos vemos obligados a sostener y a reproducir en nuestras propias investigaciones.

Volviendo sobre el primero de los puntos mencionados, creo que frecuentemente el desarrollo de investigaciones desde una perspectiva sincrónica se realiza tomando el presente como “el” momento a estudiar. Esto es notorio en los estudios sobre juventudes y participación o movilización política, de los que tengo más noción porque son los temas que investigo. Esto muchas veces esto nos ha hecho caer en algunas de estas construcciones idealizadas respecto de supuestas disposiciones “naturales”, de la juventud ya sea a ser contestataria, a reproducir desigualdades o a subsumirse a las relaciones de poder. Lo digo así, esquemáticamente, porque una de las cosas que nos pasó al momento de empezar a pensar la cuestión de la movilización y la participación juvenil fue pensarlas, precisamente, en relación con el presente. Es decir, de modo contemporáneo al desarrollo de los estudios.

El libro *La Argentina de los jóvenes*, de Ricardo Sidicaro y Emilio Tenti, es uno de los primeros textos que a fines de la década de los 90 empezó a plantear la pregunta por la participación, utilizando una encuesta. Es un trabajo ineludible para quien estudie juventudes, participación y movilización política, la impronta que tiene el contexto de época al momento de afirmar, por ejemplo, que las juventudes son apáticas. Obviamente que estos discursos tienen circulación social, no es responsabilidad de este texto, que por otro lado tiene muchos aciertos al percibir los efectos desmovilizadores que tuvieron hacia fines de la década del ochenta esas expectativas que abrió la democracia –o, más bien, la primavera democrática– movilizándolo juventudes. Se puede reconstruir un clima de época muy importante pero nos lleva a una trampa: al centrarse en esa coyuntura particular, produce la idea de que las juventudes son apáticas.

Otro ejemplo es la idea de que con el kirchnerismo todos los jóvenes son militantes, y cuando se realizan trabajos de investigación, o como se desprende de la Encuesta Nacional de Juventudes (Encuesta Nacional de Jóvenes INDEC, 2014) vemos, por ejemplo, que quienes han participado en los últimos doce meses en una agrupación política son el 3,3%, en una asociación barrial o comunitaria el 2,6% y en un sindicato o gremio el 1,6%. Esto dista mucho respecto de la idea generalizada de una juventud que se moviliza naturalmente. Así, el efecto que tienen los estudios sincrónicos es una suerte de naturalización de las juventudes, asumiendo que hay unos jóvenes disponibles para ser militantes o disponibles para ser apáticos e impugnar las instituciones de la democracia. Si uno repone los elementos de contexto y logra hilvanar una explicación histórica se puede ver que existen ciclos y, en todo caso, formas de encantamiento particulares, con grupos sociales específicos, tramitadas en relaciones también particulares. Propongo apuntar a la realización de una reconstrucción histórica, y si cito este trabajo no es para criticarlo, sino más bien para mostrar la importancia que tuvo en la construcción de un conjunto de interrogantes, este fue uno de los primeros textos que yo leí al momento de empezar una investigación, mi primera investigación. Por eso creo en la importancia de reponer un elemento histórico que también trascienda el ciclo ininterrumpido de la democracia, y pueda mirar décadas atrás. Hay algunos trabajos que lo han hecho pero son realmente muy pocos.

El tercer punto que quería plantear se relaciona con algo que sucedió en los estudios sobre género, sería algo así como repensar o visitar algunos campos de estudio en clave generacional o de juventud. En otros términos, no se si hay un campo de estudios que pueda pensarse, en cuanto tal, como “de juventud” o “de juventudes”. En todo caso, se trata de pensar viejos temas con nuevas preguntas, que tengan que ver, por ejemplo, con explorar los vínculos, relaciones y tensiones generacionales. En síntesis, repensar en clave juvenil campos que ya están constituidos y, eventualmente, ver cuáles son las nuevas preguntas que ese interrogante nos puede abrir. Y retomo aquí, por ejemplo, la cuestión del conflicto laboral, porque pienso que es uno de los campos que desde los estudios sobre juventudes y movilización política ha sido menos explorado, aunque aquí mismo hay colegas que están trabajando esto, el lugar de los jóvenes en la experiencia sindical no ha sido un tema tan estudiado. Otra cuestión que está empezando a emerger lentamente, también como efecto de la coyuntura, es pensar las juventudes y la movilización política en sectores de clase alta o en

las elites. Esta pregunta también nace en un contexto, por eso la coyuntura también es importante, porque va mostrando que hay temas que no han sido suficientemente trabajados y en ese sentido nos plantea el desafío de seguir incorporando y pensando nuevos temas. Creo que pensar el rol de las juventudes en las nuevas derechas es algo que no se puede descuidar. De hecho, hoy traje datos de una encuesta que aplicamos en el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes sobre las juventudes vinculadas a espacios político partidarios y ahí veíamos, por ejemplo, que el reclutamiento de activistas en los espacios juveniles del PRO en el año 2011 es cinco veces mayor que de la JP Evita (Vázquez, Rocca Rivarola y Cozachcow, 2016). Esta información se contrapone con algunos sentidos comunes que hablan de la capacidad natural del kirchnerismo de interpelar a las juventudes. Obviamente que hay una narrativa política juvenil en torno a esta idea y la celebración de la categoría militante marca contrastes con los modos de movilizar adhesiones en los diferentes espacios juveniles. Incluso, creo que deberíamos ser capaces de pensar en los términos que circulan, son objeto de apropiación o de disputa dentro de la propia la movilización política juvenil: por ejemplo, ¿toda forma de participación es “militancia“?, ¿cómo se innovan no solo los modos de participar, sino de nombrar a esa participación? Creo que por ahí podría se podría abrir también una línea de investigación.

Nicolás Damin- Agradezco mucho la invitación y me sumo a lo expuesto por ustedes muy claramente, fundamentalmente a las dos grandes críticas que ustedes le han hecho al campo, la falta de análisis relacional, y la concepción de la juventud por “fuera de la sociedad”, algo que desde las ciencias sociales es imposible de mantener. Otra cosa que yo noto también, en los estudios de juventud, es la falta de análisis socio histórico. A veces parecería que la juventud, tomada como objeto, es totalmente ajena a las ciencias sociales, entonces aparece un actor juvenil fuera del tiempo, fuera del espacio, fuera de la geografía del país, fuera de las clases sociales, fuera de toda la teoría social que se hizo en este país en los últimos cien años. Las fortalezas que ustedes han mencionado sobre los estudios de juventud las comparto todas, y me gustaría señalar otra, que ocurre en la enseñanza de las universidades, sobre todo las universidades jóvenes en los conurbanos. Por ejemplo, en la Universidad Nacional de Lanús hay un grupo de estudios de juventud, con Valeria Suárez y Joaquín Linne, que es

fundamental para la planificación. De hecho ahí los grupos y equipos de investigación sobre juventudes son los más importantes, eso ayuda a la planificación, no sólo académica sino de toda la universidad, desde mi punto de vista eso es un gran acierto. Y eso ha obligado a repensar las preguntas sobre juventudes. ¿Es lo mismo la juventud palermitana o de clases medias altas de la Ciudad de Buenos Aires que la de las zonas industriales del primer cordón zona sur o del segundo o tercer cordón? Este es un interrogante que hay que analizar a fondo. Es una pregunta que requiere investigación, encuestas.

Otra cuestión relacionada con el tercer punto que planteó Melina: quienes no venimos específicamente del estudio de la juventud sino que trabajamos otros objetos de estudio, como el mundo sindical, el mundo religioso, por el desarrollo del campo de los estudios de la juventud, o del campo de los estudios de género, ya no podemos seguir hablando de “el sindicalismo”, “la religión”, sin dedicar un punto, una reflexión, un capítulo de tesis, una parte de la tesis, a responder, específicamente a esas preguntas. Creo que eso es positivo para la teoría social en su conjunto. Es muy similar lo que ocurre con la mirada desde el género. Aún quienes no nos formamos específicamente en el estudio del género ya no podemos analizar y producir sin contemplar esa variable, y creo que esto es un aporte a nuestra producción.

Algunos problemas que noto en los congresos o en mis lecturas es que a veces también –y eso tiene que ver con los financiamientos, con los programas de investigación que cada uno de nosotros tiene– los estudios quedan geográficamente muy delimitados. Ya sea para la Ciudad de Buenos Aires, o región pampeana, o en Córdoba, o quizás en la Patagonia, o en la Universidad del Comahue. No es fácil desde la teoría social, pero creo que hay que intentarlo, poder hacerse la pregunta geográficamente más amplia. Luego quizás uno pueda decir sí, no, qué pasa con eso, pero es parte de la pregunta. En mi caso cuando estudiábamos jóvenes obreros a lo largo del país, a los ferroviarios, una investigación que hicimos en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, nos dábamos cuenta de que hay una gran diferencia, pero a la vez que eso llegó a cuestionar algunas ideas básicas que teníamos, tal como lo han mencionado ustedes. A quienes preferimos o disfrutamos más de los estudios laborales y las trayectorias laborales, cierta tendencia de los últimos años a hablar de las juventudes como por fuera de la categoría laboral, nos parecía un poco complicada, porque hay que ver, volver al análisis relacional, ¿no? Y la dimensión laboral, por más que en algunos marcos teóricos no esté tan destacada o no se le de tanta importancia, sigue siendo algo central en las personas, en las

sociedades, y en todos los procesos de juventud que se estudian, ya sea género, ya sea la identidad, ya sea la participación, ya sea los consumos culturales. Esto nos cuestiona algunas ideas básicas que tenemos. En la Universidad un tema clásico es estudiar las distancias, la distancia al lugar de trabajo, cuánto tiene que viajar una persona para ir a trabajar, cuánto tiene que viajar para ir a estudiar, todas esas cosas. Esto marca la existencia, la experiencia de la vida, como bien decías vos, Melina, de los jóvenes en Argentina hoy más que muchas otras cosas. Sí, las redes sociales, la televisión, afectan, sin duda, pero el tiempo que la gente viaja, veinte minutos, una hora, o dos, para ir a trabajar o estudiar, eso condiciona mucho, condiciona incluso la lectura de las redes sociales, de –entre otras cosas– su acceso a redes sociales posibilitadas por los nuevos celulares, sus consumos televisivos a determinadas horas, su pequeña sociabilidad. Creo que así como los estudios de juventud y género le han aportado mucho a la teoría social, también la teoría social tiene mucho para aportarles a los estudios de juventud. Cuando un discurso político tan fuerte como el kirchnerista, o sus políticas estatales sobre un campo determinado de estudios fueron tan marcados, eso sin duda mueve los cimientos mismos del propio campo, porque nosotros cuando hacemos investigaciones y cuando vamos a exponerlas en otros grupos también estamos compartiendo el espacio social con esos discursos que están circulando. Por ejemplo, cuando con Ana estudiábamos juventudes sindicales o medios obreros era notorio que el kirchnerismo, la juventud, la Cámpora, el Movimiento Evita, en tanto términos cargados de sentido, impactaban en las entrevistas que nosotros hacíamos. Ahí está la riqueza de las ciencias sociales, que permiten ver un poco más allá. Cuando está tan marcado el eje puesto desde la política pública, desde el Estado, desde los medios de comunicación, eso también provoca un impacto en los propios grupos que uno quiere estudiar. Por eso, la perspectiva relacional es la que permite metodológicamente no cometer errores como el de suponer que un grupo es lo que uno quiere que sea, y no es lo que el grupo es en ese momento, en esa sociabilidad, con esas preguntas.

Respecto a juventud y religión, nosotros tenemos varias compañeras que hacen tesis sobre ese campo como, por ejemplo, Mariela Mosqueira. Hoy hay treinta mil jóvenes sólo en Acción Católica. O los scouts, que aún son más. Hay que ver lo que ocurre con ellos y como ellos se relacionan con sus comunidades y producen sentido sobre el mundo social.

Pablo Di Leo- En relación con la primera pregunta sobre el agotamiento, creo que se abordó en forma bastante completa en la mesa. En nuestro país, tenemos estados del arte sobre estudios de juventudes como el que realizó Mariana Chaves y el que periódicamente actualiza la Red de Investigadores/as en Juventudes Argentina (ReIJA), que se pueden consultar on-line y que nos posibilitan estar alertas sobre los puntos de saturación y las vacancias. En relación con la cuestión de las potencialidades y los ejes para rejuvenecer y revitalizar un poco el campo, Sebastián, Melina, y Nicolás plantearon ejes interesantes. Retomando a Bourdieu y sus consejos para la sociología, lo central es reflexionar sobre qué preguntas nos estamos haciendo en relación con las juventudes; revisar si las interrogantes que nos hacemos siguen siendo productivos o es necesario reformularlos; si las ciencias sociales en nuestro país y en la región se están interrogando suficientemente sobre sus herramientas teórico-metodológicas o si son necesarios desplazamientos conceptuales para poder dar cuenta y seguir ampliando este cúmulo de investigaciones en torno a las experiencias, condiciones y movimientos juveniles.

Creo que, como se planteó acá, nos está faltando una reflexividad más de tipo epistemológica y teórico-metodológica, sobre determinados ejes que son transversales a otras temáticas, pero que se nos escapan cuando nos hacemos preguntas en torno a las juventudes. Se mencionó en esta mesa el tema de la participación, las dimensiones de género, clase y generación, pero quizás nos está faltando renovar nuestros interrogantes sobre los procesos de subjetivación e individuación juveniles. Aquí retomo la perspectiva que comencé a trabajar durante mi investigación doctoral y continuamos desarrollando con nuestro equipo –dialogando con los estudios de Danilo Martuccelli en Francia y Chile–, en torno a las especificidades que adquieren en nuestras sociedades las formas de construcción de las y los jóvenes como individuos. La perspectiva de Martuccelli se centra en los procesos de fabricación o construcción de individuos en distintas sociedades. Nosotros retomamos es propuesta centrándonos en lo juvenil, que veníamos trabajando en el Área de Salud y Población del Instituto de Investigaciones Gino Germani, porque nos parecía que, en general, desde las ciencias sociales se seguía pensando a las y los jóvenes principalmente desde lo colectivo, bajo la influencia de las categorías de tribus, estilos, culturas, subculturas, o bien, desde los discursos hegemónicos, en términos de grupos de riesgo, problemáticos, violentos. Por ejemplo, cuando abordamos la participación juvenil, muchas veces nos centramos en los

colectivos, en la movilización partidaria, sindical, y nos cuestionamos poco sobre las formas en que las y los jóvenes participan y se construyen como individuos en las instituciones y organizaciones sociales.

En ese sentido, la mirada que propone Martuccelli nos parece interesante porque, por un lado, pone en cuestión nuestras definiciones sobre socialización, la categoría que en gran medida sigue siendo uno de los ejes principales, la puerta de entrada desde la que empezamos a analizar las juventudes, al menos desde las ciencias sociales: ¿qué pasa con los procesos de socialización?; ¿qué transformaciones, qué mutaciones, están teniendo? Dicho autor, junto a François Dubet, tensionan dicha categoría a partir de sus estudios de las transformaciones que fueron viviendo las sociedades en los contextos actuales de la modernidad en relación con los procesos de subjetivación e individuación. En este sentido, la categoría de socialización nos permite comprender y analizar sociológicamente cada vez menos las experiencias de las y los jóvenes. Cada vez más necesitamos incorporar los enfoques de la subjetivación y la individuación para aproximarnos tanto a las complejidades y singularidades de sus experiencias como a la sociedad en la que se constituyen.

Por otro lado, muchas veces con esta multiplicidad de producción sobre temas más específicos –que también hay que celebrar, por el crecimiento y consolidación del campo– se va perdiendo esta mirada sobre lo social o la sociedad, la estructura, que es una de las preguntas fundantes de la sociología y también es una oportunidad de que las y los científicos sociales recuperemos la capacidad de decir algo novedoso a los actores, algo distinto a lo que escuchan siempre, un aporte a sus agencias y reflexividades en torno a las instituciones en las que están viviendo cotidianamente. ¿Cómo fue transformándose la sociedad argentina y cómo esto afecta sus formas de constituir y de vivir las experiencias y biografías juveniles?

Articulando con uno de los temas que Ana Natalucci y Rafael Blanco planteaban, considero que lo biográfico también es un enfoque que está siendo poco explorado. La dimensión de la temporalidad, cómo construyen las y los jóvenes sus temporalidades biográficas. En general se asocia al método biográfico con las personas adultas o adultos mayores, o se abordan las biografías juveniles centrándose en sus relaciones con la escuela, la familia, el trabajo. En cambio, a nosotros la dimensión biográfica nos permitió analizar cómo van cambiando y se van diversificando las instituciones con las que se relacionan y en las que participan las y los jóvenes durante su vida. Cuando trabajamos desde este enfoque, construyendo sus relatos

biográficos, es muy evidente que las instituciones socializadoras clásicas tienen poco peso en relación a otros espacios de sociabilidad, o influyen de maneras que no considerábamos. Quizás la institución tiene más que ver con un docente, con una persona en especial con la cual establecieron una relación de confianza. También aparecen ocupando un lugar central las dimensiones vinculares, afectivas, corporales, las movilidades. En este sentido, hay una investigación doctoral muy interesante de una integrante de nuestro equipo que indaga sobre la importancia y las vinculaciones de las movilidades en los procesos de individuación y las corporalidades juveniles.

De esta manera, la mirada biográfica nos permite articular múltiples dimensiones o temas que muchas veces están separados: ¿cómo las y los jóvenes construyen sus relaciones con las instituciones?; ¿cómo y en qué espacios participan?; ¿cómo constituyen y significan sus cuerpos, sus vínculos y sus movilidades en distintos ámbitos sociales, territoriales, institucionales?; retomando a Martuccelli, ¿qué tipos de soportes operan para que puedan sostenerse como individuos en el actual contexto de nuestra sociedad?

Como planteaba Nicolás, también la mirada comparativa acerca de la diversificación de las formas de sostenerse y de constituirse como individuos nos permite interrogar de otra forma algunas cuestiones como la dimensión de los derechos. Este es otro de los aspectos que se planteaba en el texto de la convocatoria para el debate en esta mesa: la ampliación de derechos que se fue desarrollando durante este último período, que es un fenómeno histórico-político fundamental y hay que tomarlo siempre en consideración. Sin embargo, no veo que hayamos trabajado lo suficiente desde las ciencias sociales interrogándonos reflexivamente sobre las concepciones de derecho de las que partimos y sobre cómo ampliarlas a partir del abordaje de las experiencias de las y los jóvenes. Cuando se habla de perspectiva de derechos lo que ocurre muchas veces es que se pregunta sobre cómo se verifica o no en la realidad eso que dicen las leyes, o cómo los sujetos acceden o no a los derechos sancionados en las mismas, o si las instituciones los aseguran o no, o si los vulneran o no, y nos interrogamos poco o nada sobre las significaciones, los discursos y los actores que participan en su formulación y disputa.

Dentro de los estudios sobre participación, Pedro Núñez y otros colegas abordan el contexto escolar interrogando sobre qué concepciones de justicia se juegan en las instituciones, en las experiencias y en los espacios de participación de las y los estudiantes, mostrando cada vez

son más heterogéneos. Analizan las disputas en torno a las ideas de justicia y cómo el vínculo con las instituciones favorecen o no la apropiación y ejercicio de las diversas formas de derecho que están disputando. Muestran que ahí no sólo se juega el derecho formal a la educación, sino también a diversos tipos de agenciamiento, reflexividades sobre las condiciones en las cuales participan, sobre las posibilidades de ampliar la misma concepción de derecho formal que transmite la escuela. Los estudios sobre los procesos de subjetivación e individuación juveniles, centrados en sus experiencias y biografías, pueden contribuir así a ampliar nuestras propias concepciones en torno a los derechos, interrogando a las instituciones sobre en qué medida están favoreciendo o no su redefinición, ampliación y ejercicio por parte de las y los jóvenes.

S. Fuentes- Me parece interesante destacar que tal como decía Nicolás y también Pablo, la juventud es una categoría etaria, es decir, una construcción social. Lo que hacemos con el tiempo del que disponemos, que es un recurso escaso. En la investigación que hicimos junto a Mariana Chaves y Luisa Vecino interrogando la experiencia de la desigualdad en jóvenes de sectores populares, medios bajos, medios altos y altos, encontramos una categorización trans-clase que es la de los jóvenes apáticos. La apatía o la abulia, el desinterés de los jóvenes, está relacionado con la idea de que los jóvenes no hacen con el tiempo lo que deberían hacer, que no están gestionando su tiempo de las maneras adecuadas. Esta categorización que uno encuentra en la interacción social cotidiana está vinculada también con la forma en que estamos produciendo en esta etapa del capitalismo, sujetos productivos e improductivos. Y eso se juega en todas las clases sociales y en distintos espacios. Creo que existe una dimensión biopolítica que no tenemos que perder de vista, que enlace un poco más los diferentes campos y nichos como educación, trabajo, etcétera, porque tiene mucho que ver con qué hacemos con nuestro tiempo, cómo gobernamos el tiempo de los jóvenes, porque en definitiva se trata de eso. Sobre lo que decía Melina de cómo el Estado define y crea la noción de juventud, le agregaría un matiz, otra dimensión: la de cómo los grupos profesionales están construyendo esta categoría. No es solamente el Estado sino los grupos de investigadores quienes están construyendo la categoría juventud o juventudes. La exploración sobre la mirada profesional está siendo poco explorada.

Por otro lado, tengo la preocupación de que todos nosotros hablamos de estas diversidades y estas miradas que buscan superar los estereotipos y las negativizaciones sobre los jóvenes, y de repente nos encontramos con que los discursos negativizadores como que a los jóvenes no les interesa nada, son apáticos, los jóvenes “ni-ni”, esas categorizaciones encuentran una pregnancia, una popularidad y una masividad muy grandes, incluso en nuestros colegas. Yo doy clases en la universidad y tengo colegas que piensan verdaderamente que sus estudiantes son jóvenes ni-ni, que no les interesa nada. No porque sean malos o estén poco formados, sino porque es una categoría que te permite comprender la práctica cotidiana. Desde una perspectiva antropológica preocupada por cómo se construye la cultura desde las prácticas sociales me parece que nos falta explorar cómo es que esas categorizaciones disponibles en la cultura masiva, siguen funcionando con más fuerza que lo que nosotros pensamos. Nosotros decimos, que no, que no es que los jóvenes sean apáticos, pero lo que estamos diciendo no los interpela a estos colegas, porque evidentemente esa otra categoría les permite organizar mejor su práctica como profesores, docentes, psicólogos, psicólogas, trabajadores, diferentes grupos profesionales que trabajan directamente con jóvenes cotidianamente.

M. Vázquez- Me parece muy importante este último planteo de Sebastián acerca de que no sólo el Estado construye la categoría de jóvenes. Quizás el Estado es quien tiene mayor capacidad de producir esas categorías y darles mayor circulación y naturalización. El sexo, el estado civil, la edad, son categorías incuestionadas. Cuando se hace una encuesta no se ve otra posibilidad que reproducir esos propios términos. Pero, sin lugar a dudas, hay otros grupos sociales que producen categorías que son muy potentes socialmente y muy recuperadas por las propias juventudes que nosotros estudiamos. Es interesante, en este sentido, recuperar una experiencia que realizamos en el equipo, estudiando un programa impulsado por la Dirección Nacional de Juventud entre 2010 y 2014. El programa proponía acompañar a los jóvenes en la organización de centros de estudiantes. Seguimos varios de esos talleres y hubo uno que tuvo lugar justo en el momento en el que se debatía la baja de la edad para ejercer el voto a los dieciséis años. Me llamó mucho la atención, y en el equipo fue objeto de muchas reflexiones, la manera en que los propios jóvenes hablaban o eran hablados por los discursos adultos al momento de sostener discursos en los que afirmaban que no eran capaces de ejercer el voto a los dieciséis años. Estoy hablando de chicos que viajaban a otra localidad

diferente de donde vivían, o a otra provincia, porque querían formar centros de estudiantes. A priori, uno pensaría que son lo más politizado que puede haber al interior de la escuela media. Sin embargo, esos jóvenes sostenían que no se sentían capaces de ejercer el voto a los dieciséis años, al mismo tiempo que aspiraban a ejercer el derecho de organizarse bajo la modalidad de los centros de estudiantes. Existe esa ambivalencia, me parece que la efectividad de los discursos no solamente tiene que ver con que sea el Estado, o los grupos profesionales, sino la propia adhesión de los jóvenes a algunos de esos discursos en los que otros hablan por ellos.

En relación con el planteo de Pablo acerca de la temporalidad, me parece que tiene que ver con este gran problema al que nos enfrentamos los sociólogos, o quienes nos interesamos por el estudio de los asuntos sociales: la relación entre lo social y lo individual. Una de las cosas que planteamos en las investigaciones que hacemos en el equipo es tratar de pensar distintas temporalidades en relación. Pensando en la movilización y el activismo juvenil, una temporalidad tiene que ver con los ciclos de encanto y de desencanto, o de encanto con ciertas militancias. Otra temporalidad es la biográfica, relacionada con la forma en que cada uno entra o sale de una experiencia de participación. Cuando uno hace entrevistas, cuando uno hace trabajo de campo empírico, puede reconocer la diferencia entre quien fue militante y quien no fue militante, cuándo militó, de qué recursos se vale para esa militancia, y en ese sentido algo que es muy potente por ahí para la investigación es lo que Boltanski (1973) analiza a partir de la idea de la multiposicionalidad. Entender a los sujetos en una multiplicidad de posiciones simultáneas: yo puedo ser militante pero a la vez puedo ser estudiante, o profesional, o puedo ser hija, o madre, puedo tener una multiplicidad de roles que no puedo escindir al momento de estudiar quiénes son esos militantes. Obviamente que eso exige construir un punto de vista por fuera de la sociología de los grupos: dejar de mirar al grupo (que se organiza de tal manera, piensa tal o cual cosa) y observar más a los sujetos, los y las activistas que participan. Analizar cuándo empiezan a militar, de qué recursos simbólicos, sociales, culturales, se valen en esa militancia. Recursos que, además, se traducen en habilidades y competencias militantes, de ahí la noción de capital militante, que permite entender que hay un acervo de experiencias y de conocimientos que tienen que ver con el desarrollo de la militancia aunque no remitan directamente a esa experiencia, así como también que hay reconversiones: yo traigo un conjunto de saberes, de capitales, que puedo

reconvertir y hacer valer en la militancia. Matonti y Poupeau (2008) justamente tematizan cómo se aprende a ser un militante, a dar un discurso, a redactar un pasquín, evidentemente esto es algo que se realiza en la propia práctica pero que se nutre y se articula con muchos otros saberes provenientes de otros campos. La aproximación biográfica, en esta segunda temporalidad, permite reconocer no solo un itinerario personal, sino además la articulación entre distintas posiciones en relación con un mismo sujeto que, a la vez, son cambiantes.

Y la tercera dimensión que nosotros consideramos al momento de pensar la cuestión de la temporalidad es la de los propios grupos. Es decir, cuando yo formo parte de un grupo que el 26 de junio del año 2002 va a protestar a un puente y le matan a un militante, eso constituye hito fundacional para el compromiso por parte de un conjunto de personas que están ahí y a quienes les mataron a un compañero. Este es un ejemplo que expresa un momento fundacional en algunas militancias juveniles, en particular. También existe otra temporalidad que es la de las causas militantes, no sólo de los grupos. Hay causas que se articulan, que extienden, se difunden, cobran legitimidad y que, luego, se retraen o entran en declive. Esa temporalidad también incide en la comprensión de las formas en las que se tramitan las militancias.

Así, los ciclos de movilización más amplios, los itinerarios biográficos personales –con todas las complejidades que comentábamos recién– y las propias causas o los grupos en los que se participa permiten comprender sociológicamente la militancia, que no ocurre en el éter sino en relación con causas específicas, en cierto tipo de acciones de protesta o en vinculación con determinado tipo de grupos. La posibilidad de establecer relaciones entre estas temporalidades enriquece y me interesa lo que decís, Pablo, respecto de no agotar las explicaciones en la cuestión grupal, es decir, no perder de vista la idea del individuo, tener siempre una mirada relacional, en la que tenga importancia la dimensión subjetiva, personal o individual.

A. Natalucci- Es todo muy interesante, muchas cosas para decir, voy a intentar ser sintética para una pregunta que les quiero hacer. En la primera ronda de intervenciones hubo varios acuerdos. Por un lado, una idea de cierta autonomización de los estudios de juventud respecto del campo sociológico y, por otro lado, al interior de los estudios de juventud cierta conformación de nichos donde pareciera que la idea de juventud se autonomiza respecto de

ciertas dimensiones. Al respecto ustedes señalaron algunas dimensiones que voy a enumerar rápidamente para formularles una pregunta, que tiene que ver con incorporar cierta dimensionalidad y ciertos espacios de interpelación y de construcción de subjetividad, algo relacionado con lo que decía Sebastián. Otra idea que tiene que ver con la noción de temporalidad y la propuesta de pensar lo colectivo pero también contra el sincronismo y que sí tiene que ver con cierta hegemonía y cierto ciclo: en los noventa se estudiaba la apatía y durante los años del kirchnerismo se estudiaba la militancia. O todos militan o todos son apáticos y en ese vaivén parece que girara el consenso del campo en algunos momentos.

Algo muy interesante que señaló Nicolás es esta idea de la homogeneización, que también está presente en toda la sociología argentina: una tendencia a homogeneizar ciertas ideas que aparecen en las áreas metropolitanas y de sectores medios o cosas enraizadas en todos los sectores populares, como si todos los sectores populares sufrieran lo mismo, vivieran el mismo tipo de experiencia.

El siguiente punto, relacionado con lo que señalaba Pablo, es la idea de los derechos, ¿qué tipo de derechos tienen? Porque es cierto que el kirchnerismo expandió derechos, pero ¿fue en todos los niveles? ¿Qué concepción tienen esos sectores acerca del derecho que recuperaban? Esa es una interesante discusión.

Finalmente, la relación entre lo colectivo y lo individual y cómo pensar ese proceso. En la segunda ronda empezaron a decir algunas cosas vinculadas a la innovación teórica, a nombrar autores y mi pregunta tenía que ver con eso, ¿qué tipo de innovación teórica pueden identificar en los últimos años a partir de la cual repensar el campo? Algunas cosas se mencionaron, pero me parece que en el momento constitutivo, cuando se constituye el campo, se pensó de una manera, se pensaba de cierta manera a los jóvenes, con cierta metodología y con cierto marco teórico. Eso fue cambiando también porque la sociología se fue renovando. Cuando estudiamos juventud sindical aparecía la dificultad de estudiar la idea de la juventud en un campo de obreros industriales de más de cuarenta años, tuvimos que aplicar un poco de imaginación sociológica para poder explicar eso en un actor que no se reconocía como joven. ¿Cómo pensar esas innovaciones sociológicas específicamente en el campo de la juventud? Sería interesante que pudieran profundizar sobre ello.

P. Di Leo- Empiezo con esta última parte de las innovaciones sociológicas. En principio, como comenté antes, me parece nos está faltando un poco de esa reflexividad y renovación teórica. En general, si uno analiza los programas de las carreras vinculadas a las ciencias sociales, tanto de grado como de posgrado, se siguen trabajando los mismos autores y perspectivas teórico-metodológicas. Hay pocas materias y seminarios que se animan a incorporar otras miradas y experiencias investigativas. En este sentido, desde hace unos años se hace una relectura de Michel Foucault a partir de la publicación de sus seminarios que está generando debates interesantes aunque, a veces, como toda moda, puede también ser problemática. Por ejemplo, en relación al tema de las juventudes, muchas veces la primacía unilateral de enfoques centrados en lo biopolítico, o mirar a las instituciones sólo como dispositivos disciplinadores o de control –por supuesto, desde lecturas foucaultianas parciales o simplistas–, obstaculizan la innovación en las preguntas sociológicas y la búsqueda de herramientas teórico-metodológicas novedosas para abordar las complejas relaciones y tensiones entre jóvenes e instituciones en el actual contexto de nuestra sociedad.

Cuando hicimos la búsqueda bibliográfica para armar un proyecto de investigación que iniciamos recientemente, encontramos pocos estudios novedosos y actuales sobre jóvenes e instituciones. En su mayoría eran trabajos centrados en la escuela, con marcos conceptuales clásicos de socialización, o la policía, desde perspectivas fundamentalmente foucaultianas. Pero había pocos estudios que abordaban otros tipos de espacios, como organizaciones de la sociedad civil, religiosas, territoriales, analizándolas y tensionándolas como instituciones desde las experiencias juveniles. Quizás un antropólogo diría que todo es institución pero, como sociólogos, creo que tenemos que dar una vuelta analítica más, proponiendo o retomando definiciones a la vez más específicas y operativas. En este sentido, nos resulta interesante y útil para nuestros estudios empíricos la propuesta de Dubet de pensar a las instituciones en relación a sus mutaciones, potencialidades y límites para hacer advenir un orden simbólico, conformando un tipo de subjetividad en un contexto histórico-social determinado. Por supuesto, esto no significa considerarlas desde la omnipotencia y la exclusividad –como se pensaba desde el modelo de la socialización o el proyecto institucional clásico–, sino analizar empíricamente cómo la multiplicidad de instituciones con las que se vinculan cotidianamente las y los jóvenes contienen distintos órdenes simbólicos, discursos y

modelos de subjetividad, indagando cómo ellas y ellos construyen sus experiencias, se subjetivan, combinando activamente estos diversos órdenes, modelos y lógicas de las acción. Otra mirada que estamos retomando y creemos que sigue siendo muy productiva, es la propuesta por Cornelius Castoriadis: ver a las instituciones como cadenas simbólicas (re)construidas históricamente, buscando visibilizar las permanentes tensiones entre los imaginarios instituidos e instituyentes que las atraviesan. Por ejemplo, cuando hacemos trabajo de campo en escuelas percibimos que en cada una hay diversas redes simbólicas, disputas entre distintos agentes y posiciones discursivas, por supuesto, con posiciones dominantes o subordinadas. Esta perspectiva nos permite captar las disputas, impugnaciones y resistencias en torno a las normas, las autoridades, las violencias y las formas de dominación presentes en las experiencias institucionales juveniles.

Aquí también propondría otra cuestión sobre la cual desde las ciencias sociales nos está faltando reflexionar un poco: nuestras ideas y abordajes en torno a la autonomía. Cuando analizamos en las instituciones los espacios o los límites para la autonomía juvenil, muchas veces estamos pensando, inadvertidamente –aún con las mejores intenciones– desde una concepción de autonomía liberal clásica, del individuo que se sostiene por sí mismo o desde la idea kantiana del sujeto que se da su propia norma a partir de su razón. Entonces, por ejemplo, estudiamos cómo las relaciones de género, generación o clase ancladas en las instituciones obstaculizan la autonomía de las y los jóvenes. Castoriadis hace una propuesta teórico-política, planteando que la autonomía sólo es posible dentro de las instituciones ya que sólo nos constituimos como sujetos en contextos institucionales. En términos más políticos, plantea que para ampliar las autonomías es necesario multiplicar los espacios y formas de reflexividad en torno a aquellas instituciones en las que participamos, sobre sus redes simbólicas, sus disputas, sus tensiones entre imaginarios instituidos e instituyentes, sus espacios que habilitan u obstaculizan distintas formas de agenciamiento. Esta reflexividad que propone Castoriadis a veces nos falta en las ciencias sociales para analizar empíricamente las experiencias institucionales y espacios de autonomía de las y los jóvenes, distanciándonos de modelos ideales y de concepciones (neo)liberales del individuo con las que las ciencias sociales han establecido múltiples rupturas y críticas desde hace más de un siglo.

N. Damin- Para responder la pregunta de innovación teórica lo fundamental es leer más trabajos de colegas argentinos que han hecho trabajo de campo. Las ciencias sociales en la Argentina tienen un lugar, si bien es menor la legitimidad que tienen en los medios de comunicación, es mayor a la que poseen en muchos países. Hace unos años, hicimos una investigación sobre jóvenes obreros petroleros de la cuenca neuquina y todas sus esferas de la vida, trayectorias sociales, participación religiosa, etc. Uno de los colegas del equipo estaba muy ligado con la idea de “modernidad líquida” y quería utilizar el concepto. Lo discutimos mucho, hasta hicimos un taller en el medio del desierto, porque no estábamos cómodos con la idea de usar un concepto como modernidad líquida para analizar hijos de mapuches, que están totalmente contaminados, que trabajan veintidós días por semana sin poder volver a sus familias, en un lugar que está a 360 kilómetros de la ciudad más cercana. Nos parecía que tal vez no sea el marco teórico para entender ese objeto empírico, para decirlo de una forma muy cruda. Muchas veces respecto de cierta sociología posmoderna, que está tan en boga y tiene tanto financiamiento, uno puede preguntarse: ¿cuántos barrios de París explica? Porque si uno se pone a ver fuera de los barrios de París que explica, no explica nada. Por esto hay que tomar con cuidado la forma en que se reproducen en nuestras instituciones académicas y cómo eso permea en nuestra investigación, porque hay que considerar que de ahí salen las citas legitimadas, lo que ayuda a poder reproducir nuestro propio oficio a través de financiamiento. Pero no podemos dejar de preguntarnos cuánto explica realmente eso y cuánto podemos utilizar nosotros para los estudios de juventud, particularmente los propios estudios que se hacen en América Latina y en Argentina, con sus construcciones teóricas muy acabadas en algunos casos, que explican muchísimo, y que tal vez tienen mayor capacidad heurística que los marcos teóricos actuales de moda en Estados Unidos o en Europa. No quiero con esto decir que tengamos que dejar de leerlos o de ir a esas universidades a discutir, a plantearles sus cosas y a aprender, eso claramente no es mi postura. Pero a veces hay que relativizar esas miradas. Por ejemplo, en relación con el debate sobre la socialización o sociabilidad en la juventud y sus consecuencias. En el funcionalismo, la socialización era lo que marcaba la vida. Pero, en los estudios franceses sobre la sociabilidad, se postula que no es la socialización –la escuela, la familia, el club –sino la sociabilidad la que más impacto tiene. Pero en realidad fuera de las dos tribus que discuten en Francia hay algo que las dos marcan: los momentos primarios de la familia, la escuela, y los momentos de los clubes, los noviazgos,

las dos cosas son parte de la vida. No tendríamos que comprar el espejito de color de dos torres teóricas que están discutiendo en Francia por los cargos en la universidad francesa si nosotros tenemos ganas de tratar de entender a los jóvenes en Argentina, en América Latina. Para buscar otra innovación teórica, yo creo que, como todos estamos de acuerdo acá, a veces la idea de trayectoria social es una forma interesante de ver lo macro y lo micro, porque alude a cuestiones personales, grupales y mucho más amplias, se puede ver la cuestión sincrónica y diacrónica, la relación con el contexto, las representaciones personales, sociales y los imaginarios. Opino que es una noción que puede ayudar a destrabar muchas cosas. Por supuesto hacer trayectorias bien hechas lleva semanas, meses. Aunque se trate de una persona de treinta años, ni hablar si estudiamos a gente de mayor edad, lleva mucho tiempo. Para poder reconstruir bien una trayectoria hay que comenzar por ver la familia, la trayectoria escolar, laboral, de movilidad, amorosa, y surgen muchísimas dimensiones, lo que muy bien señalaba Melina, este tipo de análisis aporta muchísimo pero lleva mucho tiempo. Y además muchas veces termina diciendo algo contrario a lo que el investigador quiere decir. Y creo que eso es lo bueno, es lo que nosotros podemos hacer para discutir desde las ciencias sociales, específicamente desde los estudios de la juventud, con otros discursos sociales, generalmente reaccionarios. El discurso de “ni-ni” políticamente tiene una concepción muy negativa sobre las personas en general y sobre los jóvenes en particular. Y si nosotros queremos, desde las ciencias sociales, mantener esa vocación linda que tuvo la ciencia social en Argentina, de salir a discutir grande, pienso que el trabajo empírico de la reconstrucción de trayectorias dando la complejidad de los procesos nos va a ayudar a construir teorías propias. Cuando digo propias no quiero decir que no discutan con el resto, pero que por lo menos les den a los sectores sociales explicaciones, discursos, que les sirvan para entender su propia vida, actuar sobre su propia vida, y no se dé la situación actual en la que si uno va y le dice lo de la modernidad líquida a los jóvenes neuquinos te dicen: no, mejor “ni-ni”. La fórmula “ni-ni” es más fácil: ese no trabaja ni estudia y está en la esquina; esto tiene mayor capacidad de explicación, porque tiene bastante anclaje y nuestras teorías no tienen tanto. Entonces si nosotros queremos mantener esa vocación de la ciencia social en Argentina esforcémonos un poco más, salgamos de las modas, salgamos de la comodidad del palacio –que la hemos conseguido, vivimos profesionalmente de las ciencias sociales todos, tanto de la docencia como de la investigación– y vayamos a ver un poco realmente qué pasa en la sociedad.

S. Fuentes- No sé si en términos de innovación teórica, pero quería marcar algo que es que este campo de estudio se constituyó interdisciplinariamente. Si bien obviamente que está el peso de la sociología, en la década del noventa, los trabajos que mencionó recién Melina, el primer informe de juventud lo hizo una pedagoga, Cecilia Braslavsky, a mediados de los ochenta. Y me parece que eso también es una fortaleza. Más allá de que el peso de Bourdieu está en todas las disciplinas (lo referencian los licenciados en ciencias de la educación, sociólogos, antropólogos, etcétera) a mí me parece que la interdisciplinariedad es una fortaleza del campo. Cuando uno ve quiénes son jurados de tesis sobre juventudes, también ahí siempre hay un diálogo, una circulación interesante que no veo tanto en otros campos.

Respecto a las perspectivas teóricas pienso que a veces perdemos de vista la idea de que las teorías, entre otras cuestiones, nos permiten escalar un poco. Lo que señalabas vos, Nicolás, en relación a estos automatismos que tenemos de pasar de leer a Rosana Reguillo a mi investigación en un pueblito, hace pensar que faltan mediaciones. Sin embargo me parece que categorías como biopolítica permite –no es para hacer una defensa de Foucault– poner en diálogo, por ejemplo, lo que señalaban hace un rato en relación a los derechos y a las legislaciones sobre derecho. Yo puedo ver en términos de micro política cuáles son las relaciones entre los trabajadores y las trabajadoras que están cotidianamente en un centro de día, en un plan Fines tratando de resolver la inclusión y el derecho de los jóvenes en un espacio barrial, en una institución barrial, y pensar también la misma perspectiva de derechos como una tecnología de gobierno. Me parece que además de que nos falte, como decían Melina y Nicolás, comparar y aprender más entre nosotros, en Argentina, en Latinoamérica, y referenciarlos mucho más y acumular acá, también nos falta recuperar la potencialidad que tienen las teorías que nos permiten ver esos procesos más amplios, y poner en diálogo la experiencia cotidiana de lo que nos pasa todo el día con la efectivización o no efectivización de lo que dice la ley de educación nacional, por ejemplo.

M. Vázquez- Mis compañeros hicieron una caracterización muy buena, yo quería destacar algo sobre este carácter interdisciplinario, el cual –coincido– no está en todos los campos de estudio. Me parece que el estudio de las juventudes se ha nutrido mucho, y muy bien de campos como los de la antropología, la sociología y la educación. En ese sentido, me parece

que el desarrollo de investigaciones empíricas como de formulaciones teóricas que nos permiten iluminar los trabajos sobre juventudes es absolutamente amplio y diverso. Quisiera destacar aquí, sin embargo, el aporte de la antropología social. Sobre todo porque pienso que dentro de una cierta tradición sociológica tenemos una manera de construir y de trabajar con categorías que, a veces, pueden ser un poco rígidas. Me parece que la virtud que tiene la antropología, y lo que ha aportado a pensar las juventudes en particular, es mostrar cómo aparece la cuestión de lo joven – de lo joven en masculino y en singular, primero, luego en plural y en femenino– como términos de autodefinición, es decir, como categorías nativas. Esa mirada que propone la antropología, como *modus operandi* en general, ha refrescado mucho varios de los estudios que hacemos, y me parece que es tal vez la única forma de sortear la trampa de encorsetar o de fijar rasgos de los y las jóvenes como si fueran siempre un único grupo social.

Por ejemplo, en el equipo de investigación nos preguntábamos: ¿qué pasa? ¿Hay más jóvenes que de repente participan o se movilizan, o es que de pronto, y por razones sociológicas de las que deberíamos poder dar cuenta, esta categoría es recuperada mayormente? Y la pregunta por las mujeres podría ser la misma: ¿es que de repente hay mujeres que nacen a la vida política o es que también hay categorías políticas que se empiezan a construir en torno a la idea de género y que eso moviliza nuevas y otras adhesiones militantes? El aporte de la antropología ahí es muy fuerte y me parece muy productivo.

También señalaría dentro de estas innovaciones la vuelta sobre un concepto que en realidad estaba en el origen pero tal vez no lo consideramos suficientemente y que plantea de fines de la década del veinte Karl Mannheim, me refiero a la cuestión generacional. Hace algunos años, no tantos, volvió a tener mucho peso en los estudios sociales y ha mostrado una productividad analítica enorme porque permite ser consecuente con la propuesta de no asociar la juventud con un grupo de edad ni con una disposición a un conjunto de comportamientos, sean cuales fueran. Revisitar investigaciones empíricas a la luz de esa categoría y demostrar cómo se produce se producen grupos sociales por medio de tensiones e identificaciones generacionales me parece que también ha dado muchos frutos muy interesantes.

R. Blanco- Estamos entrando en la última media hora de conversación, creo que la mesa fue entramando una reflexividad sobre los modos de estudiar las juventudes, quisiera hacerles

una pregunta en relación a eso y teniendo en cuenta una comparación que se mencionó algo solapada con los estudios de género y que varios de ustedes retomaron.

Creo que efectivamente se puede pensar que hay cierta relación entre la consolidación de los estudios de juventudes y los de género en Argentina porque uno los puede ubicar más o menos en su institucionalización en la universidad en el mismo rango temporal. Quisiera resaltar tres cosas en relación con esto.

Hay una diferencia que para mí importantísima sobre la que me gustaría que ustedes reflexionen: los estudios de género se han informado siempre políticamente del activismo de quienes participan en grupos, en experiencias, en la militancia feminista, de las mujeres, de derechos humanos, de movimientos sociales y demás. No ocurre necesariamente lo mismo con los estudios sobre juventudes. Hay una primera diferencia que es que los sujetos que participan en la producción de conocimiento en torno a temas de género, sexualidad, feminismo, se identifican a sí mismos y tienen una reflexividad muy fuerte en relación a cómo participan en la producción de conocimiento desde su condición genérica, sexuada y demás.

En segundo lugar, los estudios de género no sólo se han producido en la academia sino en grupos de lectura, en el “insilio” pensando un poco en el período de la dictadura, o en otros espacios por fuera de la Universidad.

Finalmente, una disciplina que no se mencionó en esta charla es el psicoanálisis. Tal vez por la insistencia, sobre todo de la psicología más que del psicoanálisis, de la idea de adolescencia, ha quedado apartada de la reflexión de los estudios sobre juventudes. Los estudios de género han podido amalgamar o articular la antropología, los estudios del discurso, el psicoanálisis, la filosofía, la sociología, y producido un campo problemático nuevo, y a veces en los estudios sobre juventudes seguimos menos trabajando como un campo de conocimiento problemático y más como disciplinas: antropología y sociología e historia básicamente.

Les hago esta pregunta para que conversemos en relación a la reflexividad sobre estas dimensiones, a la dimensión de los saberes, la pregunta por las disciplinas, la experiencia biográfica, si se pone en juego a la hora de investigar, pensando en esta comparación con los estudios de género, la inscripción generacional que recién mencionaba Melina o también las tradiciones teóricas de los temas que cada uno investiga. En los estudios de género la reflexividad está fuertemente presente, la marcación: “yo como feminista, negra, lesbiana”, etcétera. Hay una enunciación que hace que el conocimiento aquí tenga esa textura, es un

conocimiento situado. Me parece que en los estudios sobre juventudes esto aparece más borrado, tiende a construir un discurso más neutro, más universal, menos situado, menos marcado por esa reflexividad de quien investiga.

La pregunta concreta sería: cómo están atravesadas estas dimensiones en la propia producción de cada uno de ustedes, si las recuperan en sus propios trabajos, en sus grupos de investigación, o si les parece que esto sería posible, importante, si agregaría algo o no.

P. Di Leo- Es muy interesante la pregunta. En relación al diálogo con el psicoanálisis, creo que nos falta profundizar, porque en gran parte es un problema de la sociología clásica (o al menos de cómo la estudiamos) que nació en contraposición a las categorías y explicaciones de la psicología. En las formas en que leímos a Durkheim, Weber, Marx, se presentó lo social contra el individuo, construyéndolo, determinándolo, subordinándolo, sacándole autonomía o explotándolo. Y todo lo que sonara a psicoanalítico, psicoanálisis, psi, era visto como una esencialización y legitimación de las formas en que la sociedad construye al individuo moderno.

Sin embargo, por una cuestión algo azarosa (o no), casi la mitad de las y los integrantes de nuestro equipo de investigación se formaron o trabajan en el campo de la psicología. Alrededor de 2010 empezamos a trabajar en los temas de individuación, biografías juveniles, y se fueron incorporando por afinidades electivas investigadores, docentes, estudiantes de dicho campo. Desde entonces estamos buscando –no sin conflictos– construir y fortalecer puentes inter o trans disciplinares. Actualmente estamos desarrollando interesantes debates e intercambios en la construcción de herramientas teórico-metodológicas para abordar las relaciones entre instituciones y jóvenes. Para ello, retomamos diversos estudios, intervenciones y conceptos desarrollados en nuestro país desde la psicología social, grupal, institucional como, entre otros, los de Ana Fernández y su equipo y los de Fernando Ulloa –a quienes se lee poco desde las ciencias sociales–, que nos están resultando muy productivos e inspiradores. Tienen herramientas muy interesantes para complejizar la categoría de institución, abordando el anclaje de lo subjetivo, lo biográfico, en relación a lo grupal, lo social, lo estructural.

En esta línea, utilizamos la estrategia de los relatos biográficos, no desde la mirada clásica sociológica –que aún en los estudios biográficos muchas veces sigue estando atada al modelo

de la socialización–, sino que, retomando a Michèle Leclerc-Olive, nos centramos en los acontecimientos seleccionados por las y los jóvenes como los más significativos, que marcaron sus vidas. En torno a los mismos organizamos las entrevistas y construimos con ellas y ellos sus relatos biográficos. Cuando publicamos los libros con resultados del estudio –“Quiero escribir mi historia” e “Individuación y reconocimiento”–, algunos lectores nos comentaban que nuestro abordaje les resultaba cercano a la psicología. Puede ser que no sólo esté vinculado a algunas de sus herramientas conceptuales sino también a la práctica del psicoanálisis. Por supuesto, con todos sus resguardos éticos, sus condiciones de vigilancia y de reflexividad –que nosotros planteamos permanentemente en términos grupales–, esta estrategia fue muy productiva para establecer el acuerdo, la necesaria relación de confianza para que las y los jóvenes nos hablen de cuestiones y experiencias que consideran fundamentales –aunque muchas veces no habían contado a nadie–, aproximándonos así a sus reflexividades y temporalidades biográficas singulares. A su vez, estos acontecimientos y experiencias fueron potentes analizadores de sus relaciones con lo social, lo institucional, lo estructural, en distintos momentos de su vida.

En ese sentido, me parecen analíticamente muy productivos los estudios sobre interseccionalidades género-clase-raza-generación. Creo que es una línea que tenemos que seguir profundizando y ampliando. El año pasado dictamos un seminario con Martuccelli y, hablando de los actuales desafíos de las sociologías del individuo comentaba que, si bien con los estudios interseccionales estamos incorporando simultáneamente tres o cuatro dimensiones para analizar las experiencias y procesos de individuación, en los estudios de marketing se están incorporando cientos de variables para aproximarse a las prácticas, vivencias y gustos de forma cada vez más individualizadas. Por supuesto, con objetivos totalmente distintos a los nuestros, esos estudios están siendo operativos, comprendiendo y estableciendo vínculos entre individuos y objetos de consumo. Desde posturas críticas, a las ciencias sociales nos está costando construir preguntas-problema y estrategias metodológicas que incorporen múltiples dimensiones para analizar las experiencias juveniles. La perspectiva interseccional amplió nuestras miradas y sensibilidades a las singularidades, pero necesitamos seguir ampliándolas, y esto nos exige una constante reflexividad e innovación alrededor de nuestros presupuestos y herramientas teóricas y metodológicas.

S. Fuentes- Respecto al psicoanálisis recordé que hace diez años estaba dando clases en una escuela secundaria, una materia que se llamaba “Salud y adolescencia”. Se suponía que nosotros teníamos que darles clases a los adolescentes sobre qué es la adolescencia, ese era uno de los objetivos de la materia, en el currículum de ese momento de la provincia de Buenos Aires. Y una de las definiciones que traía el libro, muy actualizado, sobre la adolescencia, era la de la adolescencia con los tres duelos. Cuando yo, que no tengo una formación psicoanalítica robusta, leí eso, me preguntaba de dónde viene. Y resulta que salió de un texto de Arminda Aberastury sobre la adolescencia normal, de alrededor de la década del sesenta. Con esto quiero reiterar el peso que tienen las disciplinas o las construcciones disciplinares, más allá de lo que nosotros deseamos o pensamos como investigadores. Me parece que está instalado. Dentro de la psicología hay definiciones de juventudes muy biologizantes que tienen una fuerte pregnancia, y que siguen organizando la percepción y la construcción sobre la juventud. Retomando las dos preguntas que hacían Ana y Rafael, creo que nos falta saber o preguntar qué les gusta y qué suena en los jóvenes. No sé si son categorías muy psicoanalíticas, esto requiere una especificación ulterior, porque investigamos trayectorias pero en relación a lo que han vivido, no a lo que desean vivir. A veces, y no todos, pero me parece que miramos mucho más hacia el pasado y no en relación al futuro, que es lo que también tensiona. Eso es lo que saben hacer los sociólogos que hacen estudios de marketing, porque quieren vender algo, y nosotros parece que no abordáramos eso salvo para ver clase social en la línea de La distinción de Bourdieu.

Volviendo a tu última pregunta, yo creo que también hay activismo. De hecho en la última Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes que se hizo en San Luis se creó un grupo específico para el relato de experiencias de investigadores o no investigadores que trabajan con jóvenes, que deseaban exponer sobre ese trabajo para producir conocimiento, porque también se produce conocimiento sistematizando prácticas. En la reunión nacional de investigadores no habían tenido espacio, porque se suponía que se hablaba desde las ciencias, y no necesariamente de este otro tipo de producción de conocimientos y de saberes. Muchos o muchas de los que investigamos jóvenes, juventudes o lo juvenil, tenemos inquietudes en relación a cómo hemos transitado o cómo estamos transitando nuestra juventud. Pero eso a veces no aparece explicitado. Vuelvo sobre la reflexividad que también es una categoría, una operación cognitiva que la antropología ha desarrollado bastante, pero me parece que está

poco explorada o poco trabajada cuando leemos las tesis, los libros, los artículos. Reflexividad no es simplemente relatar la biografía del investigador, sino explicitar cómo se pone en juego su lugar en la realización del campo y qué tipo de saber y qué tipo de conocimiento produce eso. Ya sea que esté haciendo una tesis de posgrado o esté sistematizando una práctica que se realiza como extensionista universitario, con jóvenes.

M. Vázquez- Sí, retomo algunas de las cosas que dijeron tanto Sebastián como Pablo respecto de este campo de juventudes tan joven y este esfuerzo inicial por tomar distancia de la medicina y de la psicología, que me parece que es una marca de origen y que de alguna manera también explica por qué no hemos podido recuperar elementos del psicoanálisis. Quizás a las ciencias médicas las vemos mucho más lejanas a nuestros estudios o nos interpelan mucho menos que el psicoanálisis, que evidentemente podría aportar muchas cuestiones, aunque algunos grupos de investigación lo hacen y muy bien. Coincido con Rafael en el sentido de que es un campo mucho menos atravesado por algunas de estas discusiones. La cuestión que se plantea en la pregunta me remite a un elemento muy presente en el trabajo con militantes: la pregunta respecto de por qué producir conocimiento académico sobre el activismo. Es una pregunta que no solamente podemos hacernos como investigadores e investigadoras, sino que además es presentada habitualmente por parte de los propios militantes, sean jóvenes o no. Entonces surge la pregunta de por qué producir conocimiento sobre esto, por qué un militante debería “perder” su tiempo militante dedicándolo a que alguien realice una investigación. Es un interrogante que aparece muy fuertemente. Y también la pregunta respecto de cuál es, o debería ser considerado, conocimiento legítimo. Recuerdo a un joven con el cual trabajé varios años en la elaboración de un relato de vida, de militancia, con el que tuvimos más de ocho entrevistas. La última vez que nos reunimos, sabiendo que con esto concluiría el trabajo hecho, me hizo parar frente a su biblioteca y me dijo: acá están los libros que sirven y acá están los libros que no sirven. Los libros que “no servían” eran, justamente, los que integraban mi propia bibliografía, es decir, lo que yo leía y citaba en mi investigación. Los libros que “servían” eran los libros escritos por otros activistas, muchos de ellos eran sus compañeros, apelando a una idea de la escritura y la reflexión sobre la militancia que era una suerte de extensión de la propia práctica militante. Este cuestionamiento aparece de forma recurrente.

Para pensar más específicamente en cuanto a las juventudes, estos desencuentros se han manifestado, en ocasiones, como efecto de una suerte de distanciamiento generacional. A modo de ejemplo, en el equipo estudiamos y dimos seguimiento a un conjunto de políticas públicas destinadas a promover la participación juvenil. Nos ha pasado que, realizando trabajo de campo, tendíamos a ser asociados con instituciones tales como el Ministerio (“ellos son o vienen del Ministerio”, una expresión típica) o también que somos de “la Universidad”. Ahí aparecía muy claramente una distancia generacional que para mí siempre fue muy sintomática porque evidenciaba cómo nosotros mismos éramos puestos en una relación de continuidad con otras autoridades, de la escuela o de un Ministerio. En otras palabras, éramos vistos como una institución. Ocurría, por ejemplo, que aplicábamos unas encuestas de manera auto administrada y notábamos que el hecho de que fuéramos nosotros quienes repartiéramos los cuestionarios pasaba a ser vivido como una situación de evaluación. Así, cuando les preguntábamos cuáles eran para ellos los hechos políticos más importantes de la historia argentina reciente, los hechos que recordaban, tomaban una revista que les daba la Dirección Nacional de Juventud (organizamos que implementaba la actividad) y copiaban de allí los hechos que aparecían como más emblemáticos de la historia de la participación juvenil. Entonces respondían “el Cordobazo”, “el 2001...” Sin duda que esto nos llevó a modificar la estrategia de recolección de datos puesto que, aunque no era la única estrategia que utilizamos, esos cuestionarios no nos permitían acceder a las respuestas que estábamos buscando. Sin embargo, fue muy interesante y tomamos este tipo de situaciones como objeto de reflexión, por un lado, que nosotros fuéramos asociados a una serie de autoridades. Por otro lado, que se produjera una tensión con las autoridades se manifestaba bajo el modo de una fractura generacional. Algo que nosotros veníamos observando es que cuando interactuaban con funcionarios, muchos de los cuales eran militantes jóvenes, les hablaban a los estudiantes interpeándolos desde la idea de “nosotros, los jóvenes”. Ese “nosotros” lejos de interpelar a los jóvenes estudiantes, producían una fractura generacional. Aunque la diferencia de edades no era tan grande –en algunos casos tenían unos cinco años más– se trataba de funcionarios, es decir, de autoridades. Así, ese clivaje generacional manifestaba en verdad una relación de poder, en la que nosotros también quedábamos atrapados. Con lo cual hubo que hacer un ejercicio reflexivo sobre ese lugar y en relación con el modo de posicionarnos en relación con nuestra pertenencia a universidad.

En síntesis, creo que dejar de lado la dimensión reflexiva en situaciones como las descriptas atentaría contra el trabajo investigativo y analítico.

N. Damin- Me encanta la pregunta: todos nosotros, creo, nos formamos por lo menos en diálogo con la sociología reflexiva francesa que ha sido tan fuerte, donde ya no tener en cuenta el propio autoanálisis, socioanálisis, es pre científico. Alguien que no reconociera que viene de determinado mundo social, a la hora de hacer análisis, sería considerado muy negativamente, no es un análisis serio. Eso es algo que yo considero positivo. En mi caso particular, yo empecé hace más o menos quince años con la idea de estudiar sindicalismo, hablé con mis dos maestros que eran Fortunato Mallimaci y Héctor Cordone y les dije: yo quiero estudiar a unos tipos con los cuales no tengo ningún vínculo, yo no tengo ningún vínculo con el sindicalismo industrial del conurbano, ninguno, ¿cómo puedo hacer? Hay que leer a Robert Merton. Robert Merton dice que si uno quiere hacer sociología tiene que poder tener contacto con los referentes barriales para poder acceder al campo, entrar y salir, entrar y salir. Y ahí está el juego del oficio mismo de la sociología. Poder acercarse suficientemente al objeto empírico que uno quiere analizar, y poder irse, y poder volver, y poder irse y poder volver muchas veces. En el caso de los estudios sindicales hay un consenso, para trabajar sindicalismo hay que ser profesor en un sindicato, si no uno no puede acceder nunca a la biblioteca, a los archivos secretos, a eso que vale la pena. Yo empecé a hacer ese trabajo y todo el tiempo los propios agentes, los actores, te preguntan. Si vos en una ponencia no decís “bueno, yo tengo esta trayectoria social”, como les pasa a ustedes, el actor te pregunta: ¿vos dónde naciste? - En un hospital sindical. - Ah, bueno, entonces saben que la obra social no se la querés cuestionar, que es como el corazón de ellos. Yo nací en el hospital sindical docente acá en la otra cuadra. Entonces ya ahí ya tenés la mitad del acceso a las entrevistas, a la segunda entrevista o a la tercera entrevista que son las que valen la pena.

Después hay otras cuestiones que también se van aprendiendo en la práctica. Pasa algo notable con las personas que usamos barba por cuestiones de identidad con nuestro grupo social, se produce una relación un poco conflictiva por la relación de lo que tuvieron ellos en los setenta. Los primeros diez años yo hice entrevistas sin anteojos, no veía nada (risas). El acceso al campo es importante, y cuando uno empieza a publicar uno dice no lo van a leer: si no lo leen los colegas difícilmente lo lea un sindicalista. Entonces uno empieza a escribir, y a

veces casi por casualidad publica en algunos medios de comunicación o revistas universitarias, y resulta que sí lo leen, y te interpelan. Y esto plantea un desafío, porque si uno empieza a ser el vocero de ese grupo abandona las ciencias sociales –esa es mi postura– y si uno no entiende qué pasa con lo que uno hace en el actor que está trabajando o estudiando también abandona las ciencias sociales. Entonces en ese equilibrio, para contestar tu pregunta, yo creo que es donde nuestro oficio es más rico, más lindo, tiene más sentido a pesar de las restricciones económicas, y genera un conocimiento que nos puede servir tanto a nosotros, individual y colectivamente, como a los sectores sociales que queremos analizar.

R. Blanco- Yo creo que hay una reflexividad sobre esa inmersión en el campo, de este dilema sobre si mimetizarse o en su otra vertiente, de dar cuenta de su opacidad, como una reflexión metodológica. Ahora yo creo que eso generalmente en las investigaciones sobre juventud está ausente del texto. Hay una reflexión en la producción de conocimiento pero no en la producción del texto, que también es producción de conocimiento porque hay una reflexividad en la escritura y que permite de alguna manera dar cuenta de la producción de esa textualidad, de esa investigación, de la comunicación de eso. Mi duda es si esto está presente luego en los textos, en la producción, o –si no–, si sería importante que esté.

A. Natalucci- Está en la post ponencia. Cuando uno termina de exponer y empieza a conversar y le preguntan sobre la motivación de la investigación, si uno tiene un pariente, si forma parte de una organización social... Muchas veces aparece en la conversación posterior, no en situar al lector en la trayectoria de la investigación. Es esa lógica popperiana que todos heredamos que es la división entre el momento de la ciencia y el momento que queda por fuera sobre el que no reflexionamos, con el cual no construimos un vínculo con los actores. Creo que respecto de esas dos estrategias hay un juego, coincido bastante con lo que decía Nicolás respecto de cómo va uno al campo y sobre todo que no todos los actores son iguales cuando uno entra. Hay actores que son muy reticentes a la academia, hay otros que tienen una posición más cercana a la que comentaba Melina, más vertical o de autoridad. Por ejemplo cuando estudiamos organizaciones piqueteras era muy fácil, los entrevistados querían hablarnos, nos convocaban a una entrevista, eso con un actor como un dirigente sindical es

muy raro que suceda. Entonces ahí me parece que también hay cierta homogeneización en los procesos de entrar y venir al y del campo, donde borramos la diversidad del sujeto objetivado que recortamos en una investigación y en eso hay una multiplicidad de estrategias que uno va llevando adelante para acercarse a ellos.

P. Di Leo- En este sentido, creo que no basta con que tengamos sensibilidad social y política para que realmente interpelemos o hablemos con los individuos y les demos lugar, reconociendo sus singularidades, en nuestros análisis. Pienso que muchas veces conceptos que consideramos emancipadores –como los de clase, biopolítica, género, generación, etcétera–, en las formas en que los utilizamos para la construcción de nuestras preguntas y estrategias metodológicas, en lugar de acercarnos nos alejan de las experiencias de las y los jóvenes. Cuando son utilizados de manera dogmática o irreflexiva, terminan reforzando la sospecha, el sentido común sociológico de que todo lo subjetivo es una falsa conciencia, es un saber-poder impuesto por una institución, un adulto, un discurso, que está hablando en nombre de los actores. Muchas veces, con las mejores intenciones, en lugar de estar atentos a esa persona que estamos entrevistando o ser sensibles a sus experiencias, terminamos viendo sólo a la clase, al género o la generación, contribuyendo a la invisibilización de sus complejidades y singularidades.

En relación al trabajo de campo con jóvenes, yo creo que es muy difícil, casi imposible, que nos mimeticemos, por una obvia cuestión generacional o institucional. Por lo menos en nuestras experiencias de investigación, tanto en escuelas como en otros contextos en barrios populares, cuando nos presentamos como sociólogos, investigadores, docentes, hay una demanda de las y los jóvenes de que los escuchemos, reflexionemos con ellas y ellos, les digamos o propongamos algo distinto de lo que suelen oír todos los días. Creo que es ahí donde la diferencia genera una interpelación interesante que hace habilita posibilidades para que nos cuenten y reflexiones sobre cuestiones que en otros contextos no se animan, ni siquiera con la familia o con los amigos. Y eso es algo muy productivo que podemos explorar y profundizar metodológicamente.

M. Vázquez- Me parece, y lo digo especialmente desde estudiar jóvenes militantes, que los permisos para acceder al campo, para permanecer en el campo y también para publicar lo que uno pudo elaborar en los trabajos, es objeto de negociaciones y algo importante en términos éticos es intentar develar lógicas sociales en lugar de tomar una actitud o lógica de denuncia hacia los grupos que uno estudia. Me parece, además, que sí hace falta evidenciar todavía más que esta cuestión reflexiva que, lejos de tener un estatus diferenciado o escindido de la investigación, es parte ineludible de la producción de conocimiento. Coincido igualmente con lo que decías vos, Rafael, respecto a que no está tan incorporado en la propia escritura en el campo.

A mí me gusta pensarlo como si fueran dos caras de una misma moneda: la idea de generar empatía pero también la cuestión de la opacidad, de tomar distancia. A mí me ha resultado muy productivo en las investigaciones intentar recomponer, analizar y comprender los heterogéneos puntos de vista y posiciones que se ponen en juego en un caso específico. Por ejemplo, al momento de estudiar un grupo, explorar también a aquellos que son puestos como “enemigos” o como “otros sociales”. Estudiar y comprender el punto de vista de aquellos que nuestros actores definen como enemigos u otros sociales muchas veces nos da una distancia que es muy necesaria y saludable. Aun cuando en esos testimonios ni siquiera formen parte de los resultados de la investigación, poder reconstruirlos es un ejercicio de toma de distancia que considero muy productiva y estimulante.

Por otro lado, creo hay una tendencia en el estudio de las militancias que tiene que ver con trabajar con los grupos con los que se tiene afinidad política, así como también la presunción de que si se estudia un grupo en lugar de otro es por esta misma idea de afinidad. Considero que estudiar grupos sociales con los que uno puede sentir una distancia política e ideológica representa un interesantísimo desafío en la investigación, justamente en la medida en que el trabajo permita generar comprender un punto de vista que hasta entonces nos resulta distante o incluso contrapuesto a nuestro modo de pensar. Creo que eso también pone en juego la capacidad de generar empatía, más allá de nuestras propias posiciones personales.

S. Fuentes- Para complementar lo que decía Melina, no necesariamente cuando uno investiga, investiga porque le resulta afín o simpática la gente con la que está trabajando, más allá de

que cuando el investigador realiza entrevistas o está observando una práctica sistemáticamente, encuentre afinidad, y más allá de una tremenda distancia ideológica.

Mi equipo hace investigación sobre elites, yo no pertenezco a esos sectores sociales, pero eso no quita que pueda hacer una investigación y construir relaciones en el campo para producir conocimiento y que incluso encuentre empatía con personas con las que pienso totalmente distinto. Menciono esto así como estamos planteando desnaturalizar, para desnaturalizar esa idea de que nos tiene que gustar la gente entre la cual hacemos trabajo de campo y además tenemos que abonar sus causas. Estamos trabajando para comprender procesos sociales, ese es también nuestro rol ahí.

R. Blanco- Creo que han quedado algunos temas importantes pero quisiera señalar uno para dar continuidad en otro intercambio, o a profundizar en otro momento, y es el de la reflexividad en esta área de estudios. Empezamos preguntando por las zonas más densas de esta área de producción de conocimiento y por aquellas que podrían profundizarse. Como se marcó ya en la primera intervención y fuimos retomando, la propia implicación parece jugar acá un papel importante en esa operación cognitiva que, como marcaba Sebastián en el inicio del intercambio, juega algún papel cuando al investigar se busca, o buscamos, en las juventudes el referente empírico del cambio. Eso ha dado lugar también al crecimiento de ciertas zonas temáticas. Da entonces para profundizar en el futuro en las formas que la reflexividad y la implicación están presentes o no en los diseños y estrategias metodológicas, en las preguntas que guían la investigación y en el terreno de la escritura. Creo que de todos los temas que fuimos conversando podría señalarse al menos ese como una línea futura que traza este intercambio.

A. Natalucci: muy interesante el debate que hemos tenido, sobre todo porque teniendo en cuenta nuestros trabajos empíricos, pudimos discutir respecto de problemas metodológicos teóricos y hasta epistemológicos acerca de cómo se ha ido construyendo este campo. Quisiera agregar una cuestión, además de adscribir a lo mencionado por Rafael, es que la juventud no sólo constituye un campo de estudios, sino que por la discusión dada en el mismo campo se ha convertido en una dimensión para tener en cuenta en otros tipos de estudios. Dimensiones como las temporalidades y generaciones donde estas cobran importancia para pensar otros

campos. Por último, remarcar una virtud que se ha señalado: se trata de la multidisciplinariedad de este campo. La capacidad que han tenido estos estudios para leer y apropiarse de otras disciplinas para pensar sus propios problemas de investigación creo que es una cuestión que de generalizarse nos permitiría complejizar nuestros estudios inscriptos en otros campos y abrir debates interesantes a la luz de las transformaciones sociales que estamos viviendo.